

LA QUINTA PARTE DE LA CAÍDA DE REINOS



LA TORMENTA DE
CRISTAL

MORGAN RHODES

LA TORMENTA DE
CRISTAL

MORGAN RHODES



Primera edición: octubre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Crystal Storm*

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello del Penguin Young Readers Group,
miembro del Penguin Group (USA) Inc.

© Penguin Group (USA) Inc., 2016
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9742-4
Depósito legal: M-21250-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

LA TORMENTA DE
CRISTAL



*IMPERIO
KRAESHIANO*

*JOYA
IMPERIAL*

*MAR
AMARANTO*

*IMPERIO
KRAESHIANO*

MAR DEL NORTE

MAR
DE PLATA

MAR
TINGUE

Costa de Hierro

LIMEROS

Costa de Granito

Cima de Cuervo

Los Confines

Castillo Danora

Templo
de Valoria

Calzada Imperial

Escalia

Puerto Negro

PAELSIA

Montañas Prohibidas

Puerto
de los Comerciantes

Dominios
de Basilius

Tierra Salvaje

Puerto
del Rey

Templo
de Cleiona

AURANOS

Ciudadela de Oro

Cima de Halcón

Paso Viejo

Costa Radiante

ISLA
DE LUKAS

VÉNEAS

TÉRREA

ESTRECHOS RAZORE



PERSONAJES

Limeros

MAGNUS LUKAS DAMORA	príncipe
LUCÍA EVA DAMORA	princesa y hechicera
GAIUS DAMORA	rey de Mytica
FÉLIX GRAEBAS	antiguo asesino a sueldo
GARETH CIRILLO	condestable
KURTIS CIRILLO	hijo de lord Gareth
MILO IAGARIS	guardia de palacio
ENZO	guardia de palacio
SELIA DAMORA	madre de Gaius

Auranos

CLEIONA (CLEO) AURORA BELLOS	princesa de Auranos
NICOLO (NIC) CASSIAN	amigo íntimo de Cleo
NERISSA FLORENS	doncella de Cleo
TARAN RANUS	rebelde

Paelsia

JONAS AGALLON cabecilla rebelde

DARIAH GALLO bruja

Kraeshia

ASHUR CORTAS príncipe

AMARA CORTAS princesa

CARLOS capitán de la guardia

El Santuario

TIMOTHEUS mentor de los vigías

OLIVIA vigía

KYAN vástago del fuego

MIA vigía

PRÓLOGO

HACE 17 AÑOS

Tras leer el mensaje, Gaius arrugó el pergamino y cayó de rodillas. Su mente era un torbellino de pensamientos y recuerdos. Tantas decisiones, tantas pérdidas...

Tantos remordimientos.

Perdió la noción del tiempo, sumido en unos pensamientos de los que solo le sacó un eco de pasos. La manita de Magnus, su hijo de dos años, se apoyó en su brazo. Su mujer, Althea, estaba de pie al fondo de la sala, tapando la luz que entraba por la ventana del aposento.

—¿Papá?

Gaius lo miró con los ojos empañados. Sin responder, apretó el cuerpecillo de su hijo contra el suyo y trató de hallar consuelo en el abrazo de su hijo.

—¿Qué ponía en ese mensaje para dejarte tan preocupado?

—preguntó Althea con tono brusco.

La garganta de Gaius se cerró como si se resistiera a dejar pasar la verdad. Por fin, apartó a su hijo y levantó la mirada hacia su esposa.

–Está muerta –dijo, con una voz quebradiza como una hoja seca.

–¿Quién?

Gaius se quedó callado. No quería contestar; ni siquiera quería hablar con su esposa en ese momento, y menos sobre ese tema.

–¿Papá? –repitió Magnus, confuso, y Gaius miró los brillantes ojos de su hijo—. ¿Por qué estás tan triste, papá?

–No pasa nada. Todo va bien, hijo mío –respondió, tomando la cara del niño entre las manos.

La mandíbula de Althea se tensó. En sus ojos no había amabilidad alguna.

–Recobra la compostura, Gaius. No querrás que te vea así ningún sirviente.

¿Qué más da que me vean?, pensó él. Su esposa estaba siempre tan preocupada por las apariencias, por la opinión de los demás, fueran quienes fueran... Gaius tenía en gran estima el talento para los detalles y el decoro regio de Althea; de hecho, esto solía compensar la indiferencia que aquella mujer le producía. Hoy, sin embargo, ese rasgo de carácter solo hizo que la odiara.

–Llévate a Magnus –dijo, poniéndose en pie y clavando una mirada acerada en su esposa—. Y haz que traigan a mi madre. Necesito verla de inmediato.

Ella frunció el ceño.

–Pero, Gaius...

–Ahora –la cortó él.

Con un suspiro de exasperación, Althea agarró la mano de Magnus y salió junto a él de la estancia.

Gaius comenzó a pasear de un lado a otro, desde la pesada puerta de roble con el lema de Limeros grabado —«Fuerza, Fe, Sabiduría»— hasta las ventanas que se asomaban al mar de Plata. Por fin, se detuvo y observó en silencio las frías aguas que golpeaban las peñas del acantilado.

Al cabo de un momento, la puerta chirrió. Gaius se dio la vuelta y se encaró con su madre, que tenía la cara fruncida en una expresión de pena. De las comisuras de sus ojos grises partían finas arrugas que denotaban su preocupación.

—¿Qué ha ocurrido, hijo mío? —preguntó Selia Damora.

Sin decir nada, él le ofreció el pergamino arrugado. Ella avanzó para tomarlo y echó un rápido vistazo a la misiva.

—Comprendo —dijo con expresión grave.

—Quémala.

Una llama de fuego mágico envolvió la mano de Selia carbonizando el pergamino. Los dos miraron cómo los copos de ceniza flotaban hasta el suelo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó ella con voz suave.

—Hace tiempo, me ofreciste algo... Algo con mucho poder—respondió Gaius, agarrando el pecho de su camisa con fuerza—. Dijiste que podías eliminar esta maldita debilidad, sacarla de mi interior para siempre... Hacer que... que la olvide.

Ella le miró a los ojos con expresión solemne.

—Ha muerto dando a luz la hija de otro hombre, un hombre que eligió largo tiempo después de que vuestros caminos se separasen. Me sorprende que no puedas dejarla atrás.

—Y sin embargo, soy incapaz —Gaius respiró hondo; no estaba dispuesto a suplicar. No iba a ponerse en vergüenza así delante de la mujer más poderosa que había conocido en su vida—. ¿Me ayudarás o no? Es una pregunta bien sencilla, madre.

Los labios de Selia se afinaron.

–No es en absoluto sencilla. Toda magia comporta un precio, especialmente si es tan oscura como esta.

–No me importa: estoy dispuesto a pagar lo que sea. Necesito ser fuerte ante los desafíos a los que me enfrento; tengo que ser tan fuerte como tú siempre has creído que soy.

Selia volvió la cara hacia la ventana y guardó silencio por un momento.

–¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? –preguntó al fin.

–Sí –respondió Gaius, y su voz sonó tan rasposa como el silbido de una serpiente.

Ella asintió y abandonó la estancia para ir a buscar lo que Gaius le había pedido... o suplicado. Cuando regresó, llevaba consigo el mismo frasco de poción que le había ofrecido años atrás; una poción que, según le había dicho entonces, fortalecería tanto su cuerpo como su mente, eliminaría de él cualquier debilidad, reafirmaría su propósito y le ayudaría a conseguir todo lo que siempre había anhelado.

Y, sobre todo, le ayudaría a colocar su amor por Elena Corso donde debía estar: en el pasado.

Gaius tomó el frasco que su madre le ofrecía y observó el cristal azul del que estaba hecho. Para ser tan pequeño, pesaba mucho.

–Debes estar seguro de que quieres hacerlo –le dijo Selia con voz grave–. Los efectos de esta poción te acompañarán hasta el día en que mueras. Una vez la bebas, jamás volverás a sentir lo mismo que ahora: habrás cambiado de manera irrevocable.

–Eso es –asintió él entre dientes–. Cambiado para mejor.

Extrajo el corcho, se llevó el frasco a los labios y, sin permitirse ni un instante de duda, bebió el espeso líquido de un trago.

–El dolor se pasará enseguida –dijo Selia.

Gaius frunció el ceño.

–¿Dolor?

De pronto, una quemazón desgarradora lo abrumó, como si hubiera bebido lava candente. La magia oscura se precipitó por su interior, quemando todas sus debilidades e imperfecciones. Se oyó gritar de pura angustia, mientras el frasco caía de sus manos y se hacía añicos en el suelo de piedra.

Gaius Damora trató de acoger de buen grado cada instante de dolor mientras sus últimas flaquezas ardían, sus recuerdos de Elena se convertían en ascuas mortecinas y su deseo de poder se alzaba dentro de él como un fénix renacido.

CAPÍTULO 1

KRAESHIA

JONAS

Al otro lado del mar, en Mytica, había una princesa dorada a la que Jonas quería salvar.

También había una deidad de fuego a la que debía destruir.

Pero ante él, en el camino hacia el muelle de aquella ciudad kraeshiana, se alzaba un obstáculo. Y estaba haciéndole perder el poco tiempo del que disponía.

—¿No habías dicho que su hermana lo había matado? —le preguntó entre dientes Jonas a Nic.

—Es que lo hizo —respondió este con voz rasposa, pasándose las manos por sus greñas anaranjadas—. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Y entonces?

—No... No sé.

El príncipe Ashur Cortas se detuvo a unos pasos de Jonas y Nic y los observó con los ojos entrecerrados. Sus iris grises destacaban sobre la piel tostada como la hoja de una espada brillando al sol del ocaso.

Durante unos largos instantes, solo se oyó el graznido de un ave marina al zambullirse en las olas para pescar y el calmo chapoteo de las olas contra el barco limeriano, que aguardaba con las velas negras y rojas aprestadas.

–Nicolo –saludó el moreno príncipe con una inclinación de cabeza–. Supongo que te extrañará verme de nuevo.

–Yo... yo... ¿Qué...? –farfulló Nic, cuyas pecas contrastaban vivamente sobre el rostro empalidecido. Tomó un aliento entrecortado–. Esto es imposible.

Ashur enarcó una ceja y dudó un instante antes de contestar.

–En los veintiún años que llevo de vida, he llegado a darme cuenta de que hay muy pocas cosas imposibles en este mundo.

–Pero yo... ¡vi cómo morías! –respondió Nic con la voz quebrada–. ¿Qué fue eso? ¿Una mentira más? ¿Otro engaño? ¿Un plan más que no viste adecuado compartir conmigo?

A Jonas le sorprendió que Nic tuteara con tanta insolencia a un miembro de la realeza. Aunque él mismo no tenía mucho respeto a la nobleza, sabía que Nic estaba acostumbrado a la vida en la corte, y le extrañaba que fuera tan imprudente con el príncipe.

–No fue una mentira; lo que ocurrió en el templo no formaba parte de ningún plan –Ashur recorrió con la mirada el navío limeriano, listo para zarpar desde los abigarrados muelles de Joya del Imperio–. Te lo explicaré todo cuando estemos en alta mar.

Jonas alzó las cejas ante el tono imperativo y confiado del príncipe.

–¿Cómo que «cuando estemos»?

–Voy a ir con vosotros.

–Si esa es tu intención –replicó Jonas cruzándose de brazos–, más te vale explicarte ahora, no luego.

Ashur lo miró de arriba abajo.

—¿Tú quién eres?

—El que decide quién monta en este barco y quién no —repuso Jonas devolviéndole la mirada.

—¿Y sabes quién soy yo?

—De sobra. Eres el hermano de Amara Cortas, quien acaba de convertirse en la sangrienta emperatriz de la mayor parte del mundo conocido. Y según dice Nic, se supone que estás muerto.

Una silueta familiar apareció a la espalda de Ashur, y Jonas enarcó aún más las cejas.

Taran Ranus había salido del muelle hacía apenas unos minutos, dispuesto a aprovisionarse para aquel viaje improvisado a Mytica. Sin embargo, ya estaba de vuelta. Se acercó rápidamente y desenvainó la espada.

—Vaya, vaya —dijo Taran, apoyando la punta de la hoja en la garganta del kraeshiano—. El príncipe Ashur en persona. Es una agradable sorpresa que nos visites esta mañana, justo cuando mis amigos y yo estamos trabajando para derrocar a tu familia.

—En vista del caos que reina en la ciudad, lo estáis haciendo de maravilla —repuso Ashur, sorprendentemente sereno.

—¿Por qué has regresado? ¿No preferías quedarte en otras tierras, buscando tesoros inexistentes como todo el mundo dice que te gusta hacer?

¿Buscando tesoros? Jonas cruzó una mirada de inquietud con Nic. Parecía que casi nadie se había enterado de la muerte del príncipe.

—Me temo que las circunstancias de mi regreso no son de tu incumbencia.

—¿Estás en Kraeshia por —Nic vaciló—... por lo que ha ocurrido en tu familia? Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —la expresión de Ashur se ensombreció—. Pero no me encuentro aquí por eso.

Taran esbozó una mueca burlona.

—Como heredero legítimo del trono, creo que serás una excelente baza para negociar con tu abuela, ahora que tu hermana se ha casado y ha abandonado el país.

Ashur soltó un bufido de desdén.

—Si eso es lo que crees, es que no conoces la sed de poder de mi abuela... ni la de mi hermana. No es difícil ver que las tropas del imperio superan en número a vuestros rebeldes. Esta rebelión va a ser tan efectiva como los chillidos de un polluelo acechado por un lince. Lo que tenéis que hacer es montar en ese barco y alejaros mientras aún podáis.

La sonrisa de Taran se desvaneció, reemplazada por una mirada de indignación.

—Tú no eres quién para aconsejarme.

Jonas observó a los dos, inquieto. Le extrañaba la actitud de Ashur; aquella calma tras enterarse de la masacre de su familia... ¿Sentía la muerte de sus parientes, o la celebraba? Aunque tal vez no sintiera nada en absoluto.

—Baja la espada, Taran —gruñó Jonas antes de exhalar un largo suspiro—. Y hablando de otra cosa, ¿por qué estás ya de vuelta? ¿No tenías que recoger unas cosas?

—Las calzadas están bloqueadas —respondió Taran sin apartar el arma—. La abuelita Cortas ha ordenado que sus tropas ajusticien a cualquier rebelde que encuentren; desde que volamos las mazmorras ayer, ya no hay sitio para meter a los prisioneros.

—Razón de más para largarnos cuanto antes —les apremió Nic.

—Estoy de acuerdo con Nicolo —dijo Ashur.

A Jonas le llamó la atención el chillido estridente de un pájaro. Protegiéndose los ojos con una mano, alzó la mirada y vio un halcón dorado que planeaba sobre los mástiles del navío.

Olivia empezaba a impacientarse. Ya eran dos.

Jonas hizo un esfuerzo por mantener la calma. No podía permitirse tomar decisiones precipitadas.

En ese momento, una imagen de Lysandra se deslizó en su mente, acompañada por el sonido de su risa. *¿No quieres tomar decisiones precipitadas? ¿Desde cuándo?*, le habría dicho ella.

Desde que te moriste y yo no lo pude evitar.

Apartando el pensamiento de su mente, Jonas se forzó a prestar atención al príncipe.

–Si quieres que te permitamos montar en este barco –dijo–, antes tendrás que explicarnos cómo has logrado levantarte de entre los muertos para aparecer en medio de un grupo de rebeldes, tan campante como si vinieras de la taberna.

–¿Levantarse de entre los muertos? –repitió Taran, ahora más perplejo que enfadado.

Jonas le ignoró y escrutó el rostro del príncipe en busca de alguna señal de angustia. Pero Ashur no parecía temer por su vida ni se mostraba desesperado por escapar de su tierra natal. Lo único que había en sus ojos claros era serenidad.

Una serenidad inquietante.

–¿Habéis oído hablar de la leyenda del fénix? –preguntó el príncipe con voz suave.

–Por supuesto –respondió Nic–. Es un ave mítica que se alzó de las cenizas después de ser consumido por las llamas. Es también el símbolo de Kraeshia: muestra el poder y la capacidad del imperio para desafiar a la misma muerte.

–Así es –asintió Ashur.

Jonas se volvió hacia Nic, asombrado.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Durante una temporada, asistí a las clases de Cleo sobre mitos extranjeros —repuso él encogiéndose de hombros—. Creo que yo las aproveché mejor que ella. En fin, ¿qué tiene que ver esa leyenda con esto? —añadió, lanzando a Ashur una mirada inquieta.

—En mi país hay también otra leyenda que habla de un ser mortal destinado a hacer eso mismo: retornar de la muerte para unir el mundo. Mi abuela siempre pensó que ese ser era mi hermana porque, cuando era pequeña, estuvo muerta un momento antes de que mi madre le diera una pócima de resurrección. Cuando me enteré, hace poco, hice que me preparasen esa pócima. En el fondo no estaba convencido de que funcionase, pero lo hizo. Y cuando me desperté al alba en el templo en el que mi hermana me había asesinado la noche anterior, me di cuenta de la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Jonas al darse cuenta de que Ashur no pensaba continuar.

El príncipe cruzó su mirada con la de él.

—Que el fénix soy yo. Y que mi destino es salvar el mundo de la destrucción, comenzando por detener a mi hermana en su ciego afán por seguir los pasos de mi padre.

El príncipe guardó silencio, mientras las tres personas que formaban su audiencia lo observaban fijamente. Taran fue el primero en echarse a reír.

—La realeza, siempre tan pagada de sí misma —se burló—. Las leyendas de héroes que vencen a una muerte cierta son tan viejas como las que hablan de los vigías —miró a Jonas de reojo—. Voy a cortarle la cabeza; si después de hacerlo se levanta, me habrá convencido.

Aunque a Jonas no le parecía que Taran hablase en serio, prefirió no arriesgarse.

–Baja la espada –gruñó–. No pienso volver a decírtelo.

Taran ladeó la cabeza.

–¿Desde cuándo obedezco yo tus órdenes?

–¿Quieres montar en ese barco? Si es así, obedécelas.

En la mirada de Taran apareció un brillo desafiante.

–Ranus, no me digas que le estás creando problemas a Jonas –dijo una voz retumbante.

Jonas volvió la cabeza y vio una cara conocida que se acercaba a él.

Desde luego, era una suerte que Félix Gaebras –pues ese era el recién llegado– estuviera de su parte. Tras su paso por el clan Cobra, una banda de asesinos que trabajaba para el rey Gaius, la habilidad de Félix para parecer amenazante era indudable.

Lo malo es que Taran resultaba igual de amenazante.

–¿Sabes cuál es mi problema ahora mismo? –dijo Taran, bajando por fin el arma y señalando al príncipe con la barbi-lla–. Este: Ashur Cortas.

Con su ojo útil, Félix echó un vistazo escéptico al príncipe. Tras pasar la semana anterior prisionero en las mazmorras kraeshianas, y tras haber soportado las torturas infligidas por haber envenenado a la familia real (un crimen del que Amara le había acusado a sabiendas de que no era culpable), solo tenía aquel ojo; la cuenca vacía del otro estaba cubierta por un parche negro.

–Se suponía que tú estabas muerto –le espetó.

–Lo estaba –intervino Nic, que llevaba un rato mirando a Ashur con expresión anonadada.

–No lo estoy –replicó el príncipe con tono paciente, dirigiéndose directamente a Nic.

–Podría ser una trampa –masculló Nic, frunciendo el ceño para escrutarlo con detenimiento–. Podrías ser una bruja con la suficiente magia de aire para modificar tu apariencia.

Ashur levantó una de sus oscuras cejas, en una expresión casi divertida.

–Resulta difícil de creer.

–Todas las brujas son mujeres –observó Taran.

–No todas –replicó Ashur–. A lo largo de los siglos ha habido excepciones notables.

–Basta ya de charla. ¿Vas a ayudarnos en nuestra causa o no? –cortó Jonas.

–Es el hermano de Amara –gruñó Félix–. Yo lo mataría y me olvidaría del asunto.

–Ya somos dos –le apoyó Taran–. Aunque solo sea en eso, estoy de acuerdo con él.

Ashur suspiró y, por primera vez desde su aparición, pareció impacientarse levemente. A pesar de las amenazas, su atención seguía fija en Nic.

–Entiendo que te cueste confiar en mí, Nic. Me recuerda a tus dudas de aquella noche en la Ciudadela de Oro, cuando saliste de la taberna... La Bestia, creo que se llamaba aquel local. Estabas borracho y perdido, y cuando me viste en aquel callejón, me miraste como si esperases que te matara con mis dos sables. Pero no lo hice, ¿verdad? ¿Recuerdas lo que hice en lugar de matarte?

El pálido rostro de Nic se encendió. Carraspeó antes de hablar.

–Es él –afirmó–. No sé por qué está vivo, pero... es él. Venga, no perdamos más tiempo.

Jonas examinó la expresión de Nic, sin saber si creerle o no. Sin embargo, su instinto le decía que Nic no estaba mintiendo.

Y si Ashur quería poner fin a las maquinaciones de su hermana... Tal vez fuera de verdad el fénix legendario renacido de sus cenizas, o tal vez no; en cualquier caso, podía ayudar a su grupo.

Por un momento, Jonas se preguntó qué habría dicho Lys de aquella situación.

No, no merecía la pena preguntárselo; en el fondo, lo sabía. Lys habría atravesado al príncipe con una de sus flechas en el preciso instante de verlo.

De pronto, el brillo de la espada de Taran captó su atención.

–Si no bajas el arma –le advirtió–, le pediré a Félix que te corte el brazo.

La carcajada de Taran rasgó como una navaja el fresco aire de la mañana.

–¿Ah, sí? Me gustaría ver cómo lo intenta.

–¿De veras te gustaría? –intervino Félix–. Aunque mi vista ya no es lo que era, creo... Bueno, en realidad, sé que lo podría hacer muy rápido. Incluso puede que no te doliera –soltó una risita irónica mientras desenvainaba su espada–. A ver, no, no es cierto: te dolerá mucho. No es que quiera aliarme con ningún Cortas; pero si Jonas quiere que el príncipe siga con vida, seguiré con vida. ¿Entendido?

Los dos se midieron con miradas desafiantes durante un tenso momento hasta que, por fin, Taran enfundó la espada.

–Muy bien –masculló, desmintiendo su tensa sonrisa con el brillo de furia de sus ojos.

Sin decir más, apartó a Félix con el brazo para abrirse paso y subió a bordo del barco.

–Gracias –le susurró Jonas a Félix, quien observaba la marcha de Taran con expresión sombría.

–Te das cuenta de que este tipo nos va a dar problemas, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo —Félix echó un vistazo a la arboladura del barco limeriano—. Por cierto, ¿te he contado alguna vez lo mucho que me marea navegar? Especialmente si el hermano de Amara viaja en el mismo barco que yo. De modo que, si nuestro nuevo amigo Taran me rebana el cuello mientras estoy vomitando por la borda, la culpa será tuya.

—Entendido —Jonas echó una mirada inquieta hacia Nic y Ashur—. En fin, zarpemos hacia Mytica para encontrar lo que el destino nos depara allí a todos.

—Pensé que no creías en el destino —murmuró Nic mientras avanzaban por la pasarela.

—Y no lo hago —repuso Jonas.

Pero, en honor a la verdad, solo una pequeña parte de sí mismo seguía opinando eso.

CAPÍTULO 2

LIMEROS

MAGNUS

Mientras Magnus aguardaba al pie del acantilado a que su padre muriese, el sol se elevó sobre el horizonte. Ante la mirada angustiada del príncipe, el charco de sangre que rodeaba la cabeza de su padre creció hasta convertirse en un manchurrón escarlata sobre la superficie helada del lago.

Magnus intentó hallar en su interior algo más que odio hacia Gaius Damora, pero no lo consiguió.

Su padre había sido un tirano de tendencias sádicas, nada más. Había entregado su reino a sus enemigos como si no fuese más que una baratija. Había orquestado en secreto el asesinato de su esposa, la madre de Magnus, porque se interponía entre él y el poder que ansiaba obtener. Y justo antes de caer por el precipicio, había estado a punto de acabar con la vida de su único hijo y heredero.

Magnus dio un respingo cuando la mano de Cleo rozó la suya.

—Tenemos que marcharnos —dijo ella en voz baja—. Si nos quedamos aquí, no tardarán en descubrirnos.

–Lo sé.

Magnus miró de soslayo a los cuatro soldados limerianos que aguardaban nuevas órdenes a poca distancia. No sabía qué pedirles que hicieran.

–Si nos damos prisa, podríamos estar en el puerto de Cima de Cuervo al atardecer. Llegaríamos a Auranos en una semana, y allí podríamos pedir ayuda a los rebeldes. No creo que todos los aurianos se hayan resignado a que Amara les arrebate lo que es suyo.

–Entonces, ¿yo también me he convertido en un rebelde?
–preguntó Magnus, encontrando un resquicio de humor incluso en aquella situación.

–Yo diría que llevas siéndolo bastante más tiempo del que crees. En cualquier caso, la respuesta es sí: podemos ser rebeldes los dos juntos.

Las palabras de Cleo removieron algo en el interior de Magnus. Era un calor que llevaba demasiado tiempo reprimiendo.

El rey, con la ayuda inestimable de Magnus, había destruido la vida de Cleo. Y aun así, allí estaba ella, a su lado. Valiente, intrépida.

Esperanzada.

Una y otra vez, Magnus pensaba que aquello era una alucinación producida por la fiebre; que aquella versión perfecta de la princesa se desvanecería a medida que el sol se elevase en el cielo. Y sin embargo, mientras el día se abría a su alrededor, Cleo seguía a su lado. No era un sueño.

Alzó la mirada para encontrar la de ella. La jornada anterior había sido un caos de desesperación y miedo, el peor día de la vida de Magnus. Y sin embargo, todo eso se había revertido en el preciso instante en que la encontró en el bosque, luchando con todas sus fuerzas para sobrevivir.

Magnus le había confesado su amor en una patética avalancha de palabras confusas, pero ella no le había vuelto la espalda. No: aquella hermosa princesa dorada, que tantas cosas había perdido en la vida, le había dicho que le correspondía.

Aún no se lo podía creer.

—¿Magnus? —le apremió Cleo suavemente al ver que él no reaccionaba—. ¿Qué piensas? ¿Te parece bien que vayamos a Cima de Cuervo?

Él estaba a punto de contestar cuando se oyó un estertor. Era Gaius.

—Magnussss...

La mirada del príncipe se clavó en el rostro de su padre. Sus ojos estaban abiertos, y su mano se elevaba como si quisiera aferrar a su hijo. Magnus, anonadado, tuvo que recurrir a toda su fuerza interior para no recular.

Imposible.

—Tú... deberías estar muerto —masculló con voz rasposa.

El rey emitió una especie de ladrido ronco. Si no hubiera estado tal malherido, a Magnus le habría parecido que era una carcajada.

—Me temo que... no es... tan sencillo —jadeó Gaius.

Magnus miró de reojo a Cleo, cuyos ojos resplandecían de puro odio.

—¿Por qué pronunciaste el nombre de mi madre? —dijo la princesa entre dientes.

El rey desvió la mirada hacia ella y la observó con los párpados entrecerrados. Se humedeció los labios como si fuese a hablar, pero no lo hizo.

Magnus le dirigió a Cleo una mirada inquisitiva. Sí, el rey había pronunciado la palabra «Elena» en lo que parecían

sus últimos estertores. ¿De veras se referiría a la reina Elena Bellos?

–Contéstame –exigió la princesa–. ¿Por qué dijiste su nombre mientras me mirabas? Dijiste que lo lamentabas. ¿Qué era lo que lamentabas? ¿Qué le hiciste? ¿Por qué le pediste disculpas mientras agonizabas?

–Ah, princesa... Si tú... supieras...

La voz del rey se fortalecía con cada palabra: ahora, más que el jadeo de un agonizante, era el hablar espeso de alguien que acabase de despertar de un sueño pesado.

Al oírle, los soldados se acercaron a ellos, y Enzo dio un respingo al ver cómo Gaius apoyaba las manos en el hielo salpicado de sangre y levantaba la cabeza.

–¿Qué oscura magia es esta? –preguntó mirando a Magnus, e inmediatamente bajó la cabeza–. Disculpá la falta de respeto, alteza.

–No es una falta de respeto, sino una excelente pregunta –con aire turbado, Magnus desenvainó su espada y la apoyó contra el pecho del rey, controlando a duras penas el temblor de su mano–. Deberías estar destrozado, padre, roto por dentro como un pájaro que hubiera chocado en pleno vuelo contra un muro. ¿Qué magia oscura es esta? ¿Es lo bastante poderosa para salvarte de la hoja de una espada?

El rey lo observó, con la boca afinada en una sonrisa sin humor.

–¿Rematarías tan fácilmente a un hombre que se aferra a su último rescoldo de vida?

–Si ese hombre eres tú, sí –siseó Magnus.

Su padre estaba indefenso, débil, herido, ensangrentado. A Magnus no le costaría ningún esfuerzo terminar con él. Y se lo merecía. Sí: se lo merecía.

Una puñalada, un pequeño gesto, pondría fin a todo aquello. Y entonces, ¿por qué notaba su brazo petrificado, incapaz de moverse?

–El vástago de la tierra... –murmuró Cleo, rozando el bolsillo de su capa en el que había guardado el orbe de cristal—. Debe de haberlo curado, ¿verdad?

–No lo sé –admitió Magnus.

–No creo que la magia del vástago tenga nada que ver con esto –replicó el rey.

Se había incorporado hasta sentarse con las piernas estiradas. Se miró las manos, desgarradas y ensangrentadas por haber intentado aferrarse al borde del precipicio, y sacó un par de guantes negros de dentro de la capa. Luego, con una mueca de esfuerzo, se los enfundó.

–Mientras caía –dijo–, pude sentir cómo las Tierras Oscuras estiraban sus tentáculos para atraparme; querían añadir un demonio más a sus cohortes. Al golpear el suelo, noté cómo mis huesos se quebraban. Tenéis razón: debería estar muerto.

–Y aun así, estás sentado y hablando –repuso Cleo con tono cortante.

–Así es –Gaius levantó la mirada hacia el rostro de la princesa—. Debes de estar haciendo un gran esfuerzo para no pedirle a mi hijo que termine con mi vida aquí y ahora, muchacha.

–Lo haría si no pensara que tus soldados lo matarían acto seguido.

Magnus giró la cabeza para observar a los guardias que ahora los flanqueaban. Todos aguardaban, con las espadas desenvainadas y expresión tensa.

–Bien visto –el rey tomó aliento—. Guardias, escuchadme: de aquí en adelante, estaréis a las órdenes de Magnus Damora.

Mi hijo no será castigado por nada de lo que me haya ocurrido o me pueda ocurrir a mí en el futuro.

Los soldados se miraron, tensos y perplejos, hasta que Enzo asintió.

–Como deseéis, majestad.

–¿Qué nuevo engaño es este? –estalló Cleo–. ¿Crees que vamos a confiar en nada de lo que nos digas?

El rey sonrió lentamente.

–«Nos digas», en plural... Ah, qué dulce: habéis atravesado este peligroso laberinto en amor y compañía, y ahora aparecéis al otro lado agarrados de las manos. ¿Cuánto tiempo lleváis conspirando contra mí? Jamás sospeché que pudiera ser tan ciego.

–Si esto no es magia de ningún vástago –dijo Magnus, ignorando los esfuerzos de su padre por desestabilizarlo–, ¿qué es?

Sin mirar siquiera la espada con la que su hijo lo amenazaba, Gaius se puso en pie con trabajo.

–Melenia me decía que estaba destinado a ser inmortal, a convertirme en un dios –soltó una carcajada breve y amarga–. Durante un tiempo, la creí.

–Contesta a mi pregunta –insistió Magnus con los dientes apretados, rasguñando la garganta del rey con el filo de su espada.

Gaius se estremeció, y su expresión se hizo tormentosa.

–Solo hay una persona responsable de crear la magia que me ha permitido sobrevivir hoy: tu abuela.

–No puede ser –Magnus negó con la cabeza–. Ninguna bruja común podría poseer una magia tan poderosa como esta.

–Jamás hubo nada de común en Selia Damora.

–Sigues con tus mentiras... –intervino Cleo.

El rey la miró fijamente, sin rastro de compasión en sus helados ojos.

—Una niña como tú no puede entender los recovecos de la vida y la muerte.

—¿Crees que no? —replicó ella apretando los puños—. Si empuñase una espada en este momento, te remataría aquí y ahora.

Gaius se echó a reír.

—Me gustaría ver cómo lo intentas, muchacha.

—En realidad, pareces muerto ya —observó Magnus, dándose cuenta de lo ciertas que eran sus palabras según las pronunciaba: Gaius estaba lívido como un cadáver, con la piel flácida y grisácea salpicada de magulladuras casi negras—. Quizá la magia de mi abuela no fuera tan poderosa como quieres creer —añadió.

—No se trata de magia de curación —replicó el rey, con la frente perlada de sudor a pesar del helado aire del amanecer—. Esto solo ha prolongado lo inevitable.

Magnus frunció el ceño.

—Explícate.

—Cuando se desvanezca la poca magia que aún permanece en mi interior, moriré.

La descarnada afirmación de su padre solo sirvió para confundir más aún al príncipe.

—Está mintiendo —masculló Cleo—. No permitas que te manipule. Si esto no es magia de la tierra, tiene que ser magia de sangre.

Magnus recorrió a los soldados con la vista antes de volver a encarar a su padre.

—Entonces, ¿cuánto te queda de vida?

—No lo sé —el rey inspiró, y Magnus se dio cuenta de que le costaba no gemir de dolor—. Esperemos que me quede lo bas-

tante para reparar algunos de los errores que he cometido...
Al menos, los más recientes.

Magnus apartó la mirada, asqueado.

–Por desgracia, no tenemos tiempo de repasar una lista tan extensa como la que propones.

–Estás en lo cierto –Gaius levantó la vista para mirar a los ojos de su hijo–. Quizá solo pueda reparar uno. Si queremos derrotar a Amara y recuperar Mytica, debemos desatar todo el poder de los vástagos.

–Para eso necesitamos sangre de Lucía y la sangre de un inmortal.

–Así es.

–Lo malo es que no sabemos dónde encontrarla.

Una mueca de contrariedad deformó las pálidas facciones de Gaius.

–Debo ver a mi madre de inmediato. Ella puede encontrar a Lucía con su magia; no confiaría esta tarea a ninguna otra bruja.

–¿Verla? ¿Cómo? –Magnus frunció el ceño–. Tu madre lleva muerta más de doce años.

–En absoluto. De hecho, está bien viva.

Magnus miró al rey, anonadado. Guardaba escasos recuerdos de su abuela; apenas alguna escena de su niñez, en la que ella aparecía como una mujer de pelo negro y mirada tranquila. Que él supiera, había muerto poco después de que lo hiciera su abuelo.

–Está intentando confundirte –Cleo tomó a Magnus de la mano y lo alejó para que ni su padre ni los soldados pudieran oír lo que le decía–. Tenemos que ir a Auranos; allí nos ayudarán. Hay personas en las que podemos confiar sin sombra de duda. Los leales a la memoria de mi padre no te culparán de los crímenes del tuyo, te lo prometo.

Él negó con la cabeza.

—Esta no es una guerra que podamos ganar con un puñado de rebeldes. Amara ha ganado demasiado poder con muy poco esfuerzo. Debemos encontrar a Lucía.

—¿Y si lo logramos? ¿Qué haríamos entonces? Lucía nos odia.

—Se siente confusa —replicó Magnus recordando la imagen de su hermana pequeña—. Está dolida; siente que todos la han traicionado, que la hemos mentido. Pero si supiera que su familia y su tierra natal están en peligro, nos ayudaría.

—¿Estás seguro?

A decir verdad, Magnus ya no estaba seguro de nada.

—Tienes que irte a Auranos sin mí —dijo con esfuerzo—. Yo debo quedarme un poco más; necesito terminar con este asunto.

—Me parece bien —asintió Cleo.

El corazón de Magnus se encogió bruscamente.

—Me alegro de que coincidas conmigo.

—¿De veras te alegras? —en los ojos azules de Cleo resplandeció una llamarada tan fría que casi hizo estremecerse a Magnus—. ¿Crees que después de todo esto...? —la princesa hizo un amplio ademán para finalizar la frase—. Eres... eres imposible, ¿sabes? Ni se te ocurra pensar por un momento que me voy a marchar de aquí sin ti, especie de idiota...

Magnus enarcó las cejas.

—¿Idiota?

—... Y no hay más que hablar. ¿Entendido?

Magnus la contempló, encandilado una vez más por aquella muchacha y por su fuerza.

—Cleo...

—No me vas a convencer, digas lo que digas —le cortó ella—. Y ahora, si me perdonas un momento, necesito aclararme un

poco las ideas. Lejos de él, a ser posible –añadió señalando al rey y, con la mirada aún encendida, se alejó.

–Ah, qué pasión se ve entre vosotros –comentó el rey acercándose a su hijo, con los labios retorcidos en una mueca de desdén–. Es tan dulce que me empalaga.

–Cállate –gruñó Magnus.

El rey siguió mirando por un momento a Cleo, que daba vueltas algo más allá, y luego encaró a sus guardias.

–Alejaos. Necesito hablar en privado con mi hijo.

Los cuatro soldados obedecieron de inmediato.

–¿En privado? –repitió Magnus, molesto–. No creo que nada de lo que podamos decirnos precise que nos encontremos solos.

–¿No? ¿Ni siquiera si es acerca de tu princesa dorada?

La mano de Magnus aferró inconscientemente el pomo de su espada.

–Si te atreves a poner su vida en peligro una vez más...

–Quiero darte un consejo, no amenazarla –replicó Gaius con tono paciente–. Sé que sobre ella pesa una maldición.

–¿Una maldición? –repitió Magnus atónito.

–Hace muchos años, su padre mantuvo relaciones con una bruja muy poderosa, y esta no se tomó bien la noticia de su boda con Elena Corso. Así pues, maldijo a Elena y a toda su descendencia a morir cuando dieran a luz. Elena estuvo a punto de morir en el parto de su primogénita.

–Pero sobrevivió.

–Y murió al dar a luz a su segunda hija.

Magnus, por supuesto, había oído hablar de trágico destino de la anterior reina de Auranos y había visto retratos de la bella madre de Cleo en los corredores del palacio dorado. Pero, aun así, se resistía a creer lo que su padre le contaba.

—Se dice que sufrió mucho antes de fallecer —añadió el rey con voz rasposa—. Sin embargo, antes de que la muerte la reclamara, aún tuvo fuerzas para ver el rostro de su nueva hija y para darle el nombre de una diosa malvada y hedonista. Y ahora, la maldición de la bruja ha recaído en esa niña.

—Mientes.

El rey lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Por qué? —le imitó Magnus, notando que en su garganta se elevaba una carcajada tan amarga como la bilis—. No sé... ¿Porque te gusta manipularme en cualquier situación, quizá?

El rey hizo un ademán en dirección a Cleo, que hablaba ahora con Enzo y lanzaba de vez en cuando una mirada de impaciencia hacia ellos dos. El borde de su traje rojo asomaba bajo el capote verde que había robado la noche anterior a un soldado kraeshiano y destacaba vivamente sobre el blanco del hielo.

—Si eso es lo que crees, espera a que se quede embarazada y verás cómo muere entre terribles dolores, empapada por su propia sangre mientras trae tu vástago al mundo.

Magnus tuvo que hacer un esfuerzo por volver a respirar. No, no podía ser. Su padre tenía que estar mintiendo una vez más.

Pero si fuera cierto...

Cleo se aproximó a ellos, con la capucha echada y el largo cabello rubio cayéndole sobre los hombros.

—Las brujas pueden echar maldiciones —añadió Gaius en un susurro—. Pero también pueden eliminarlas. Razón de más para que me acompañéis a ver a tu abuela.

—Intentaste matarnos a los dos.

—Es cierto. Y ahora, la decisión de qué hacer depende solo de ti.

Cleo llegó a la altura de Magnus, seguida de cerca por Enzo, y miró alternativamente al padre y al hijo con el ceño fruncido.

—¿De qué hablabais? Espero que no fuera de ningún otro plan para esconderme en Auranos.

La terrible imagen de Cleo muerta sobre un lecho ensangrentado había quedado grabada a fuego en la mente de Magnus. Yerta, con los ojos vidriosos y vacíos, junto a una criatura de iris azules que lloraría a voz en grito llamando a su madre...

—No, princesa —logró decir Magnus—. Ya me dejaste claro hace un momento lo que opinabas de eso, aunque he de decir que difiero. He decidido que quiero ver a mi abuela de nuevo, después de tantos años; ella nos ayudará con su magia a encontrar a Lucía, quien, a su vez, nos permitirá recobrar Mytica. ¿Te parece bien?

Cleo reflexionó por un momento.

—Sí, supongo que tiene sentido buscar ayuda de otra Dadora, aunque sea una lógica retorcida —pestañeó—. Magnus, te veo muy pálido. ¿Estás bien?

—Sí, pierde cuidado. Y ahora, debemos emprender la marcha.

—Amara se preguntará por qué he desaparecido sin dejar aviso —dijo el rey—. Eso podría causarnos problemas.

Magnus suspiró.

—De acuerdo, ve a excusarte por abandonar a tu recién desposada. Pero si intentas traicionarme, padre, te aseguro que morirás mucho antes de lo que esperas.